

Mis ajetreos en el novelar hispanoamericano

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Cuando escribir era para mí afán de narrar, decir, comunicar, uno de los tantos modos fisiológicos, nunca tuve problemas literarios. Solo mucho tiempo después, en el trajín de los días y del vagabundaje, entre la práctica médica y las necesidades, ciudadano de un país y habitante del mundo, surgió la urgencia de definir la postura entre la vida y el arte. Vida y arte. He aquí los dos polos dialécticos de mis problemas como escritor. Hay quienes definan esta contradicción oponiendo la realidad a la literatura. Para mí no toda realidad es vida, ni toda literatura es arte. Por vida entiendo cuanto esté involucrado en mis vivencias, lo que está en proceso de asimilación y aquello sobre lo que me proyecto o trato de alcanzar. En esta actitud vital, la literatura es el medio escogido para hacer. Lo cual significa que el instrumento no es una herramienta cualquiera, sino la apropiada, la que se adapta a mi manejo, a mis posibilidades. No es la tuya y la del otro, sino la mía, la nacida, la llegada en el trabajo de todos los días. Vida y arte, o si quiere realidad y literatura, tienen una medición, mi "yo"; sin lo cual no vivo, no produzco.

Ese "yo", que puede ser el tú o el otro, en la medida del darse o recibir, constituye en este instante, en este momento, mi búsqueda. ¿Qué es lo que llamo "yo"? ¿De dónde vine, cómo existe y cómo se revela? ¿Qué cosas vividas pueden convertirse en materiales literarios? ¿Con qué estilo o herramientas labrarlas? ¿Es inmutable el paisaje sociogeográfico hispanoamericano? ¿Manejamos un idioma adecuado? Respondo a cada una de estas preguntas.

ESO QUE LLAMO "YO"

La vida mental del individuo es una permanente mutación de experiencias. Nos llegan de tres fuentes: de la especie, de los padres y del existir. En este sentido somos inconmensurables. Los límites del "yo" desaparecen. Hay un momento en que todas esas experiencias se ubican,

se repliegan para dar un nuevo salto. Ese *bumerang* que avanza y retrocede soy "yo". Producto de tres culturas, lo más importante es aceptar y afirmar mi mestizaje. Yo y mis personajes son determinantes históricos, generacionales, que no solo son eco de la herencia sino materia cambiante. Quiérase o no, se está atado. Hasta tanto no reconocí estas ligazones, el escribir fue un errabundear a caza de lo extraño. Ahora entiendo las dimensiones de mi prisión, todo lo estrecha que se quiera: "yo". Inmediata: Colombia. Compartida: Hispanoamérica. Proyectada: el mundo.

¿COMO CONVERTIR EXPERIENCIAS EN MATERIALES LITERARIOS?

Suele decirse que en cada uno de nosotros hay temas suficientes para una novela, para muchas. Se confunde así la vida con el arte. De nuestra propia vida pueden hacerse muchas historias, tal vez una o ninguna novela. Para que las vivencias se transformen en material creativo se necesita que ellas además de singulares, sean capaces de retomar vida independiente de uno mismo. Como esas pesadillas que perturban nuestros sueños y que no deseamos repetir. Fueron experiencias que se independizaron y adquirieron existencia propia aunque persistan en nosotros.

El desdoblamiento de la experiencia personal o de la ajena —vista, relatada— es lo que confiere a esta su calidad novelable. Es así como en lo cotidiano, mientras se viaja en un bus o se reacciona bajo el agua fría del baño, gestamos argumentos o el carácter de un personaje. El peripato aristotélico. Proceso largo o instantáneo, imágenes que surgen borrosas. Apenas un nombre, la cicatriz que se vio años atrás en un rostro o la respuesta dura del padre, un padre que puede estar muerto hace tiempo, que ha estado desarrollando su embrión hasta embarazarnos y obligarnos al parto.

Un novelista puede, se dice, insuflar vitalidad a sus propios hechos y a los extraños. En la convivencia mental con los personajes existen rebeldes que no se pliegan jamás. Nacen chuecos, informes. Son aquellas experiencias que no han entrado en la categoría de las novelables.

En la búsqueda personal de temas y personajes me he encontrado con estas rebeldías. Ahora se que cuando aparecen corresponden a un filón ajeno a mis experiencias personales o herenciales. Son elementos que en otros laboratorios evolucionarían normalmente. Un complejo o una inhibición inconsciente los mutila y excluye de nuestra propia creación. Esta es la razón por la cual se transfieren argumentos a otros autores. La misma por la cual a veces estamos en mejores condiciones de novelar historias prestadas.

En ningún caso planteo que un escritor con talento no pueda escribir sobre cualquier tema. Raras veces conseguirá un acierto en estas escogencias impersonales. Releyendo cuentos y novelas escritas por mí, descubro personajes fatales que podría enriquecer y otros, los más, que de proponerme reescribir la obra donde transitan, los eliminaría. Seres extraños, raros, endriagos a los que no podría fecundar.

Estos imperativos de la herencia y de las vivencias me han inducido a restringir la temática y los personajes a un ambiente muy limitado. Limitado digo en cuanto a fronteras de conocimiento, pero riquísimos en humanización y universalidad.

LA MUTABILIDAD DEL PAISAJE SOCIOGEOGRAFICO

Para nosotros —hispanoamericanos— tiene gran importancia la ubicación. Nacemos en terreno deleznable, movedizo, improvisado. Hay otras especies vegetales y animales en el mismo dramatismo. Habitan sitios aluviales a la orilla de los ríos y océanos cuya geografía es cambiante. Amanecen y duermen en universos distintos. Entonces el paisaje adquiere categoría de huesos, de alimento, de piel. Es nosotros. Decimos: “Se devaluó el peso” sin advertir que somos los devaluados. “Allá está el paisaje” pero el paisaje está acá dentro de nosotros. Si llegare a desaparecer, nos hundiríamos en él. Cuando nos transportamos de la provincia a la capital o seguimos a París o Nueva York, andamos con la caparazón de la choza, los pies untados de boñiga, la herradura del *made in* a la espalda. He aquí la necesidad de ubicarnos en familia, cultura, razón, tiempo y geografía. Se nos dirá que este es un problema del hombre. No. Problemas de hombres jóvenes, hombres nuevos, conquistadores. De pueblos nómades —recordad que ayer transitaban nuestros abuelos de sur a norte en este continente— llegaron otros por el mar y luego aquellos enjaulados en carabelas. Y todavía, en el amanecer de cada uno de nosotros, los ojos se preguntan dónde estamos hoy y dónde dormiremos esta noche.

El paisaje se transforma igual que nosotros. Los novelistas hispanoamericanos lo intuimos, lo sabemos. En el mundo interior de la novela hispanoamericana el paisaje, la selva, se ha convertido en campo de batalla social sin que haya dejado de ser paisaje.

En mi última novela *¡Viva el Putas!*, inédita aún, pretendo darle a la geografía chocoana esa nueva dimensión, la que le confiere el hombre al habitarla. Los personajes nadan en ella enfrentados a sus conflictos sociales, como los de *La Vorágine* se rebelaban en la matriz de la selva. El mulato es sacudido en sus ríos por fuerzas que embrujan el paisaje. Aparecen en él nuevos elementos de conquista —alambradas, casinos, teléfonos, rótulos en inglés— que lo hacen más hostigante. Allí la civilización no se llama *sputnik* y *jet*, sino draga. La oposición es la batea vacía del lavador de oro. Su dueño, resistiendo a la draga, corresponde al artesano de otras latitudes en conflicto con el maquinismo.

En esta nueva selva prevalecerán más las relaciones humanas en que se mueve el personaje que la descripción de la geografía. El hombre enmarcado en la realidad histórica, llámese feudalismo o neoimperialismo, violencia o conquista. Víctima del pillaje humano y no del río, la lluvia o la selva, por muy plásticos y literarios que sean estos. Desde luego en ningún momento se habrá de confundir la geografía con la atmósfera interior de la obra. El personaje no debe ser producto del acontecer general, sino reflejo de su vida particular, en la obra, puesto que el propósito es la creación y en ningún momento el recuento. Esta visión es necesaria si

no queremos caer en el esquematismo que transforma al personaje en muñeco de trapo, en larva proteiforme que se arrastra con una vida ficticia.

En la obra citada, la frustración es una fuerza ciega que motiva al personaje. El oráculo griego que dirige los pasos de los héroes. Pero a diferencia de estos, convencidos del inexorable destino revelado, el choano se resiste al determinismo social. El personaje queda con la posibilidad, o al menos la rebeldía, de transformar favorablemente el paisaje hechizado. Esta libertad potencial, real para el protagonista que trata de usarla, no puede ser superior ni distinta a las constantes sociales en que le toca vivir. Habrá triunfo o derrota solo en la medida en que el conjunto de la sociedad lo permitan y no como caprichoso recurso del novelista.

EL ESTILO COMO IDENTIDAD

La necesidad del estilo crea el conflicto entre lo que uno es como individuo y lo que será trasmutado en la obra. Por largo trecho —libros publicados de relatos, teatro y novela— escribí sin preocupaciones literarias. Tenía sí, inquietudes retóricas y sociales. Pero en ese tiempo la novelística, el género literario al que me he ceñido últimamente, se separó mucho de los modelos tradicionales. Las razones de este brusco salto son conocidas: el psicoanálisis y el cinematógrafo. La narración directa y las especulaciones filosófico-sociales del naturalismo se complicaron con nuevas dimensiones: la ruptura del tiempo histórico, la fragmentación del espacio, el desdoblamiento del "yo", el animismo antropomorfo de los objetos y animales o a la inversa: el zoomorfismo del hombre, el autor-cámara detrás del ojo con simulada amputación del cerebro.

A esta complicación del oficio se sumó otra, la militancia del lector. Su pasividad receptora se transformó en una especie de verdugo. Un libro se edita si tiene posibilidad de venderse. Se vende si hay demanda. Violentando así en su individualidad creadora, el escritor debe pensar en los gustos, las posibilidades económicas, la cultura, etc., de esa masa de lectores. Abstraerse de ella es autoamputarse, cortar la importancia y el significado de la obra.

Advertido de estas realidades, por lo demás ajenas a uno mismo, debí recapacitar en las nuevas tareas planteadas por la novelística: surgió la necesidad del estilo, de la fórmula que permitiera amalgamar las contradicciones; la libertad creadora y los imperativos del lector, de la crítica, de la sociedad contemporánea. En esas ando, defendiendo la espontaneidad del relato, dislocando tiempo y espacio, monologando, siempre en búsqueda de identificarme en cada frase, en cada nuevo experimento.

NECESIDAD DE UNA REVOLUCION DEL IDIOMA

Los hispanoamericanos tenemos dificultades con el español, nuestra lengua materna. Todavía, cuatro siglos después de habersele impuesto al indio y al negro hablar en un idioma distinto a los nativos, el genio de la lengua castellana nos esconde sus intimidades. Debemos acudir con frecuencia al diccionario no para aprender nuevos vocablos sino para cono-

cer el significado y la ortografía de palabras que hemos repetido desde nuestra infancia. Aún estamos en proceso de incorporar al castellano raíces y términos propios del indio y del negro. Nuestras mentalidades mestizas necesitan un idioma expresivo de las nacientes aptitudes.

El tradicionalismo gramatical nos crea complejos idiomáticos. Nos ruborizamos si alguien nos pilla un error ortográfico. Los periódicos, al menos en Colombia, rectifican a diario el significado de algunas palabras empleadas erróneamente. Somos discípulos de Bello, Caro y Cuervo. Antes que escritores nos preocupa ser filólogos. Afán de afirmarnos en un idioma que todavía nos es extraño.

En contraposición a esta habla heredada, impuesta, nace la otra, la propia, en el ajetreo cotidiano del pueblo. Palabras que nadie sabe quién las inventó, de dónde vienen, hacia dónde van en el continente, o en qué sitio se quedan, fuera o dentro de los cartabones académicos. Son millares. Unas viven un día y otras perduran. Las creamos inconscientemente y y sin embargo comunican un concepto que es captado de inmediato por el que oye, habitante del mismo lugar, de la geografía social que nos enfrenta. Cuando dudo acerca de estos vocablos y expresiones, no puedo recurrir al diccionario que las ignora, sino al padre, al tío, al abuelo. Si me las confirman como elementos vivos, conocidos por ellos, las incorporo a mi vocabulario. Es el nuevo idioma del mestizo, ya sin antecedentes semánticos, pero con una raíz nueva: la vida. Creo que con este idioma popular, sucede en Hispanoamérica lo que con el "latín vulgar", será el nuevo núcleo del habla regional del que nacerán troncos —lenguas romances se llamaron entonces— que constituirán los idiomas nacionales hispanoamericanos.

Personalmente el atenerme al habla culta, me plantea dificultades de expresión. La claridad del concepto se oscurece cuando la gramática me exige la omisión de un gerundio. Los pensamientos se empastan cuando hay necesidad de atender el régimen. Coyunda que no entorpece al vulgo cuyas palabras saltan y expresan el concepto con espontaneidad. La lengua es para él un instrumento flexible, dócil al freno del intelecto. Construyen, amalgaman y expresan con la simpleza de un descubridor. Son los primeros pasos de una revolución del idioma. Creo en la urgencia de romper sus ataduras académicas —de hecho el pueblo las ignora— si deseamos involucrar a la novelística hispanoamericana las necesidades de una nueva vida: la del mestizo.